



EL CABALLERO DE LA BUENA MEMORIA

LEYENDA TRADICIONAL

INTRODUCCIÓN

Perdidas de Villalar
en la sangrienta jornada,
de los bravos comuneros
las últimas esperanzas,
sus gavillas por doquiera
rendidas ó derrotadas,
el arzobispo Merino
á Toledo gobernaba.
Doña María Padilla
aun con briosa arrogancia,
digna de mejor fortuna
y de más dichosa causa,
á pesar del Arzobispo
y las tropas castellanas,
teníase con sus gentes
defendida en el alcázar,
pues en someterse al Rey
Toledo la más rehacia
ciudad siendo, á ella acudieron
de todas partes de España
cuantos comuneros fieles
á su partido quedaban.
Avivaban en secreto
con astucia y con audacia
la fe de doña María,
y gentes la reclutaban,
noticias proporcionándola,
con dineros y con armas,
los que en la ciudad vivían
y en su fortuna esperaban.

Distinguíase entre todos
doña Elvira de Montadas,
fanatizada al extremo
por políticas patrañas.
De la mujer de Padilla
del valor enamorada,
otra heroína como ella
llegar á ser anhelaba.
Hermosa y rica, de amantes
y galanes rodeada,
mucho la Elvira podía,
mucho la Elvira lograba.
Después que muchos prosélitos
logró inducir por sus gracias,
á un mozo rico y gallardo
con doble intento escuchaba.
Era don Juan de Zamora
mancebo de noble casa,
hijo de una noble viuda
que en el mancebo adoraba.
Seguido había éste siempre
del Emperador la causa,
y contra los comuneros
combatido en cien batallas;
mas ciego de amor por ella,
y poco ducho en las cábalas
de cortesanos amaños,
en ganarle no dudaba.
Tan sencilla en otro tiempo
como hermosa y como ingrata
esta engañosa sirena,
esta fanática dama,

á don Pedro de Guzmán
tenía muy empeñada,
con mil promesas de amor,
de casamiento palabra.
Mas de ilustrísimo tronco
el de Guzmán siendo rama,
al rey don Carlos primero
asistía en Alemania,
al servicio de un magnate
que iba en boga en la privanza
del bizarro Emperador,
que con su amistad le honraba.
Así las cosas del mundo
se trastornan y se cambian,
y así mudan á las gentes
el tiempo y las circunstancias.
Don Pedro, en la imperial corte
del bullicio se cansaba,
y se doblaba su amor
con el tiempo y la distancia,
y la distancia y el tiempo
el de su Elvira menguaba,
y el diablo de la política,
de su alma se apoderaba.
Á su patria y á su amor,
Guzmán con volver soñaba,
y ella soñaba quimeras
de libertad y de patria.
Él, por volver á Toledo
y á los pies de su adorada,
honor, ambición y dicha
desatinado olvidaba.
Ella, por dar con sus hechos
á su nombre eterna fama,
pensaba con necio orgullo
en quiméricas hazañas.
Recordaba su hermosura
él, en ausencia adorándola,
y ella olvidaba su amor
por quien no se lo estimaba.
Servíase la Padilla
y la gente á ella allegada,
de su influencia en el pueblo,
de sus amaños y cábalas;
y creía ser Elvira
el faro de su esperanza,
la fe de sus corazones,
la alcadesa de su alcázar.
Creía que á una voz suya,
en la ocasión arriesgada,

como por doña María
por ella se levantarán;
que todos los comuneros,
en el peligro mirándola,
la regia soberanía
dividirían entrambas.
Y en estos sueños de gloria
la doña Elvira embriagada,
perdía cuanto tenía
y las leyes provocaba.
Así son todos los necios,
á cuanto ignoran se lanzan,
lo que les importa olvidan
y sólo el desprecio ganan.

Y mientras en la rebelión
ella á don Juan empeñaba,
enamorado don Pedro
se volvía para España.

En oculto gabinete
de la habitación de Elvira,
á deshora de la noche
con ella don Juan platica,
y aunque él no entiende palabra
de su enredada política,
porque la adora fanático,
á cuanto exige se obliga.

DOÑA ELVIRA

¿Lo entendéis, don Juan?

DON JUAN

Sí á fe.

DOÑA ELVIRA

Lo entendiera un escolar.
De todo se os ha de dar
el cuándo, el cómo y por qué.

DON JUAN

Yo, Elvira, soy un soldado,
que entre soldados metido,
nunca otra cosa he sabido
que combatir como honrado.
Desde muy niño os amé,
y como os juzgué perdida,
en poner fin á mi vida
como soldado, pensé.

Hoy otra vez me llamáis
en secreto á vuestro lado,
y siento no haber cambiado
de ser, como vos cambiáis.
¿Qué queréis? Si no sé más
que amaros y combatir,
así me habéis de admitir,
ó habéis de volver atrás.

DOÑA ELVIRA

Así os quiero; que á fe mía,
que cortesanos amores
son sólo amaños traidores
para vencer algún día.
Yo os quiero, don Juan, así,
porque me basta un galán
á quien servir con afán
y de algo me sirva á mí.

DON JUAN

Cuánto lo hayáis meditado,
cuánto la suerte os ayuda,
está bien claro sin duda;
pero ¿á qué me habéis llamado?

DOÑA ELVIRA

Bien se conoce ¡por Dios!
que sois un soldado bueno;
el plan es, don Juan, ajeno,
lo que os manden haréis vos.

DON JUAN

Y ¿queréis que yo consienta
que á la primera demanda....

DOÑA ELVIRA

Cuando Elvira es quien os manda,
obecerla os va en cuenta.
Pues ella arriesga en un día
cuanto vale y cuanto tiene,
á vos, don Juan, os conviene
fiar causa que ella fía.
Ó ¿no la amáis?

DON JUAN

¡Por los cielos!
¿Dudaréis de mi cariño,
cuando por vos desde niño
estoy muriendo de celos?

¿Pensáis que la injusta ley
de una opinión me amedrente,
cuando por vos solamente
soy desleal á mi Rey?

DOÑA ELVIRA

Así os quiero, así va bien.
¿Pensáis que sobran ahora
vuestros castillos de Illora,
de Montilla y de Jaén?
Vos, don Juan, sois un valiente
y un honrado castellano,
mas no habéis de cortésano
ni un cabello solamente.
Conque dejaos guiar
por quien sabe más que vos,
y así podremos los dos
hasta la orilla llegar.
Vuestra madre, ya lo sé,
con vuestro amor se disgusta.

DON JUAN

Sin duda, Elvira, la asusta
que comprometáis mi fe.
Siempre de los comuneros
fué enemiga.

DOÑA ELVIRA

Sí, lo ha sido;
mas ya habéis, don Juan, salido
de la niñez; y os da fueros
para obrar á vuestro antojo
la ley.

DON JUAN

Sí que me los da;
mas mi madre....

DOÑA ELVIRA

Callará
si logramos nuestro arrojito
¿Disponéis de mucha gente?

DON JUAN

De hasta unas cincuenta lanzas.

DOÑA ELVIRA

Y ¿son gente de esperanzas?

DON JUAN
Aguerrida y obediente.

DOÑA ELVIRA
Y ¿las tenéis muy distantes?

DON JUAN
Traerlas mañana puedo.

DOÑA ELVIRA
Pues cuidado de que en Toledo no os vean curiosos antes. No salgáis, don Juan, de día y esperad á mi mandato: si pudiera un mentecato sospecharlo, nos perdía. Mas siento gente, aquí entrad; espero á un hombre que puede, cuando todo en sombra quede, sacaros de la ciudad. Por esa escala moruna, á una torre vais á dar, y allí podéis esperar ocasión más oportuna.

Y así diciendo, mostróle una entrada doña Elvira, por do guiaba á la torre la excusada escalerilla; y oyendo seña secreta que por la opuesta la hacían, abrió y dió paso á un tercero, siguiendo la escena misma. Era el tal un hombre viejo, cuyo exterior parecía de soldado y mercader composición peregrina. Negra y cumplida una capa, todo su cuerpo envolvía, mostrándose bajo de ella el espadón de su cinta. Y nadie acaso mirándole, asegurar osaría si era sangriento bandido ó usurero prestamista, pues en su torvo semblante á un mismo tiempo se pintan la audacia del bandolero y el temor de quien conspira.

Saludó brusco á la dama, que á adelantarse le invita, y plática tal trabóse entre aquel hombre y Elvira:

DOÑA ELVIRA
Entrad.

EL HOMBRE
Dios os guarde.

DOÑA ELVIRA
Gabriel, bien venido.
¿Venís azorado?

GABRIEL
Sí, á fe.

DOÑA ELVIRA
¿Qué tenéis?

GABRIEL
Tal vez no nos pierde, por poco, un desmas no ha sido nada. [cuido;

DOÑA ELVIRA
¡Por Dios, que acabéis!

GABRIEL
Apenas volvía la calle tortuosa que entrada secreta nos da al callejón, la huella de un hombre sentí recelosa; la faz con la capa cubrí á precaución. Seguí decidido, mas frente por frente, con un embozado maldito me dí. Miró, recatéme, seguí indiferente, paróse, y á poco, volvió tras de mí.

DOÑA ELVIRA
¡Dios mío!

GABRIEL
Yo, astuto, temiendo que un corte me diera al camino, la esquina gané; hallé apresurado el oculto resorte, deshice en la sombra mi sombra, y entré.

DOÑA ELVIRA
Mas ¿no conocisteis....

GABRIEL
Algún hidalguillo que habrá á mis hermanos pedido, á pagar con un vinculejo ó mohoso castillo, y al paso me pudo por otro tomar.

DOÑA ELVIRA
Mas ¿dar con la puerta pudiera?

GABRIEL
¡Imposible!
Vi que sin sospecha adelante pasó. Mas ¿qué hay de aquel hombre?

DOÑA ELVIRA
Ya está.

GABRIEL
Y ¿es posible que fiel....

DOÑA ELVIRA
Como un muerto.

GABRIEL
Tal le quiero yo.
Y ¿es hombre....

DOÑA ELVIRA
Bizarro.

GABRIEL
¿Su gente?

DOÑA ELVIRA
Segura.

GABRIEL
Y ¿cuándo....

DOÑA ELVIRA
Mañana podrá estar aquí, con tal que la noche, con nieblas oscura, le ayude al secreto.

GABRIEL
S n duda que sí.
Mas ¿quién me responde....

DOÑA ELVIRA
Yo misma.

GABRIEL
Adelante.

DOÑA ELVIRA
Amores me tuvo....; niñeces.

GABRIEL
¿Será....

DOÑA ELVIRA
Un buen castellano, soldado ignorante, que cuanto amorosa le mande, lo hará.

GABRIEL
Mirad que los necios....

DOÑA ELVIRA
Son medios muy buenos, que pueden á planes ajenos servir, y luego se apartan cual muebles ajenos.

GABRIEL
Pensáis cuerdamente, verdad á decir. Mas pronto veamos á ese hombre, que en serános la astucia sin fuerza mayor. [vano

DOÑA ELVIRA
Veréisle, y con maña traedle á la mano, y no olvidéis nunca que el cebo es mi amor

Abrió la dama á don Juan la puerta do se escondía, y anudóse, terciando él, la plática interrumpida.

DOÑA ELVIRA
Don Juan, llegó ya el momento de probar vuestra afición, que abriros mi corazón, esta misma noche intento. Delante de vos tenéis quien órdenes os dará y las puertas abrirá á las lanzas que traéis.

Con él lo trataréis todo,
y pues que sois tan mi amigo,
tratar con él ó conmigo
del caso, es lo mismo todo.

DON JUAN

No hay cosa, señora mía,
que yo no arriesgue por vos;
mas pluguérame ¡por Dios!
otra mejor compañía.

DOÑA ELVIRA

Mas si, firme en vuestro amor,
como me decís me amáis,
que en sus manos os pongáis
pareceme lo mejor.

DON JUAN

Si el fin habéis de ser vos,
me pongo sin vacilar,
y si en ello he de pecar,
que me lo perdone Dios.

GABRIEL

(¡Sandio de él! Razón tenía
la Elvira.) ¿Sabréis decir
en cuánto tiempo venir
vuestra gente aquí podría?

DON JUAN

Dentro de veinticuatro horas,
aunque hubieran de asaltar
las murallas para entrar.

GABRIEL

Como salgan vencedoras
vuestras lanzas, aseguro
que podrá cada soldado
llevar el sable colgado
en cadena de oro puro.

DON JUAN

Y no les vendrá muy mal,
porque las contribuciones
hacen que de sus raciones
deba un mes á cada cual.

GABRIEL

Y os juro que bien haréis,
que dineros dan soldados.

Hablaron unos momentos
la dama y el prestamista,
y volviéronse á don Juan
con irónica sonrisa.

DOÑA ELVIRA (*A Gabriel.*)

¿Me entendéis?

GABRIEL (*A Elvira.*)

Está muy bien.

¿No os parece á vos, don Juan,
que si presa al león le dan,
tomará la que le den?

DON JUAN

De esas razones no entiendo,
buen viejo, y á todo andar,
yo me ofrezco á pelear;
lo demás os lo encomiendo.
Y sólo una condición
pongo.

GABRIEL

Podéisla decir.

DON JUAN

Es que tengo de reñir
cara á cara, y no á traición.

GABRIEL

¡Oh! Sólo tendréis que hacer
centinela un poco larga,
y, á lo más, dar una carga
si es que se osan defender.

DON JUAN

Eso sí.

DOÑA ELVIRA

Y por premio de ello,
si es que me dejáis contenta.....

DON JUAN

Esa esperanza me alienta,
con que por todo atropello.
Rubor me cuesta decillo,
mas por vos, con mi pesar,
la vida pensé pasar
encerrado en mi castillo.

GABRIEL

Pues yo le he de fabricar,
ya veis que le he de dejar
de modo que á caer se incline.

Y dando en estas palabras
fin á tal conversación,
salió Gabriel, y tras él,
don Juan Zamora salió:
aquel soñando quimeras
de política ambición,
y estotro soñando hazañas
para conseguir su amor.
Mas ¡cuánto los pensamientos
del hombre efímeros son;
un soplo de viento puede
desbaratar el mejor!

—
Por un estrecho postigo
que da á obscuro callejón,
de casa de doña Elvira
salían ambos á dos,
Gabriel y don Juan Zamora,
con extrema precaución,
para no hacer al salir
innecesario rumor,
cuando, volviendo la esquina,
ante ellos se presentó
un caballero embozado,
que les dijo en ronca voz:
«Sin pasar más adelante,
muestren, hidalgos, quién son,
ó cuerpo á cuerpo conmigo
en campo aquí mismo sois.»
Y echando mano al acero,
en medio se colocó
del espacio que dejaba
entre ellos el callejón.
Entre los tres un momento
grave silencio reinó,
que al cabo rompió Gabriel
dando tal contestación:
—Seáis quien fuereis, buen hombre,
necio es tal arrojito en vos,
pues está de parte nuestra,
con la fuerza, la razón.
—Caballeros, está dicho,
repuso el otro: yo estoy

Vuestra afición cortesana
maldiciendo, solamente
salí á lidiar con mi gente,
por no hacer vida holgazana.
No quise ya ver ni oír
más que lanzas y caballos,
y al cabo, con mis vasallos,
como soldado morir.
Diréis que este amor silvestre
mejor estorba que obliga,
mas necesito ó mi amiga
ó mi compañía ecuestre.
Pues en el campo, aun muy niño
os adoré, no os asombre
que, aunque sin ventajas, hombre,
aun os conserve cariño.

DOÑA ELVIRA

Así os amo yo, don Juan;
que, á la fin, me he convencido
que vos habéis merecido
solo mi amoroso afán;
porque el amor cortésano
es humo, si bien presumo,
y el vuestro es fuego sin humo,
que quema si está cercano.

GABRIEL

Vamos, que el tiempo es preciso.

DOÑA ELVIRA

El cielo, don Juan, os guarde.

DON JUAN

¿Volveré á veros?

DOÑA ELVIRA

Más tarde;
para ello os enviaré aviso.

(*A Gabriel.*)

(¿Elegí bien?)

GABRIEL

Lo confieso;
de ese tronco se hace el puente,
y vadeada la corriente,
le arruina su propio peso.

DOÑA ELVIRA

Cuidado con que se arruine.